

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
ESPERA DEL **P**RESBÍTERO



TIEMPO ORDINARIO
IVPARTE
CICLO **B**

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:



n el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen,

hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,

nació de santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,

al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos

y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,

la comunión de los santos, el perdón de los pecados,

la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,

oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. Luego, si se juzga oportuno, añade:

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiamos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,

démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
basta para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

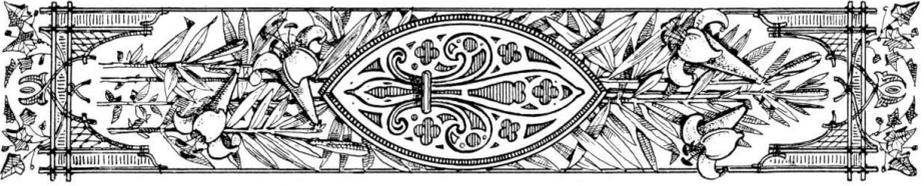
Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. Después hecha la debida reverencia se retira.





Domingo XXVII del tiempo ordinario

Monición de entrada

Celebrar la Eucaristía dominical en este domingo XXVII del tiempo ordinario es agradecer desde el hondón del alma que Dios Padre, por medio de Jesucristo, nos vuelva a reunir como viña escogida, y nos llame a dar fruto y a corresponder al don de su gracia. Sin embargo, a menudo fallamos, y no damos el resultado que Dios espera de nosotros. Por eso, confiados en el Señor que siempre perdona, pidámosle, en silencio, perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que has sido llamado a sanar los corazones afligidos.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que has venido a llamar a los pecadores. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que estás sentado a la derecha del Padre para interce-

der por nosotros.

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Dios todopoderoso y eterno,
que desbordas con la abundancia de tu amor
los méritos y los deseos de los que te suplican,
derrama sobre nosotros tu misericordia,
para que perdones lo que pesa en la conciencia
y nos concedas aun aquello que la oración no menciona.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

El Evangelio de este domingo (cf. Marcos 10, 2-16) nos ofrece la palabra de Jesús sobre el matrimonio. El relato se abre con la provocación de los fariseos que preguntan a Jesús si es lícito para un marido repudiar a la propia mujer, así como preveía la ley de Moisés (cf. vv. 2-4). Jesús, ante todo, con la sabiduría y la autoridad que le vienen del Padre, redimensiona la prescripción mosaica diciendo: «Teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este precepto» (v. 5). Se trata de una concesión que sirve para poner un parche en las grietas producidas por nuestro egoísmo, pero no se corresponde con la intención originaria del Creador.

Y Jesús retoma el Libro del Génesis: «Pero desde el comienzo de la creación, Él los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y los dos se harán una sola carne» (vv. 6-7). Y concluye: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (v. 9).

En el proyecto originario del Creador, no es el hombre el que se casa con una mujer, y si las cosas no funcionan, la repudia. No. Se trata, en cambio, de un hombre y una mu-

jer llamados a reconocerse, a completarse, a ayudarse mutuamente en el matrimonio

Esta enseñanza de Jesús es muy clara y defiende la dignidad del matrimonio como una unión de amor que implica fidelidad. Lo que permite a los esposos permanecer unidos en el matrimonio es un amor de donación recíproca sostenido por la gracia de Cristo.

Si en vez de eso, en los cónyuges prevalece el interés individual, la propia satisfacción, entonces su unión no podrá resistir. Y es la misma página evangélica la que nos recuerda, con gran realismo, que el hombre y la mujer, llamados a vivir la experiencia de la relación y del amor, pueden dolorosamente realizar gestos que la pongan en crisis. Jesús no admite todo lo que puede llevar al naufragio de la relación. Lo hace para confirmar el designio de Dios, en el que destacan la fuerza y la belleza de la relación humana. La Iglesia, por una parte no se cansa de confirmar la belleza de la familia como nos ha sido entregada por la Escritura y la Tradición, pero al mismo tiempo se esfuerza por hacer sentir concretamente su cercanía materna a cuantos viven la experiencia de relaciones rotas o que siguen adelante de manera sufrida y fatigosa.

El modo de actuar de Dios mismo con su pueblo infiel —es decir, con nosotros— nos enseña que el amor herido

puede ser sanado por Dios a través de la misericordia y el perdón. Por eso a la Iglesia, en estas situaciones, no se le pide inmediatamente y solo la condena. Al contrario, ante tantos dolorosos fracasos conyugales, esta se siente llamada a vivir su presencia de amor, de caridad y de misericordia para reconducir a Dios los corazones heridos y extraviados. Invoquemos a la Virgen María para que ayude a los cónyuges a vivir y renovar siempre su unión a partir del don originario de Dios.

Credo

Oración de los fieles

Oremos a Dios Padre todopoderoso, dueño de la viña, que tanto amó al mundo que le ha entregado a su propio Hijo, y roguémosle que tenga misericordia de nosotros, que nos hemos reunido en su nombre y nos muestre su salvación.

- Por la Iglesia; para que buscando dar fruto a su tiempo, sea siempre fiel a su misión de anunciar el reino de Dios, procurando que su anuncio llegue a todos.

Roguemos al Señor.

- Por las vocaciones sacerdotales; para que nunca falten en nuestra diócesis de Jaca los sacerdotes necesarios para atender pastoralmente nuestros pueblos y parroquias.

Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes; para que trabajen por todo lo que es justo, puro, amable y laudable, de manera que todos podamos disfrutar de una vida tranquila y feliz.

Roguemos al Señor.

- Por los que dudan; para que no se alejen de Dios, y tengan siempre vida para invocar su nombre.

Roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, que hemos sido comprados al precio de la Sangre de Cristo; para que descubramos al que es la piedra angular y fundamento de todo.

Roguemos al Señor.

Padre justo y misericordioso, que velas incesantemente sobre tu Iglesia; atiende a nuestras peticiones y no abandones la viña que tu diestra plantó y sigue cultivándola y enriqueciendo las sarmientos elegidas, para que injertados en Cristo, la vid verdadera, den abundantes frutos de vida eterna.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde diciendo:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

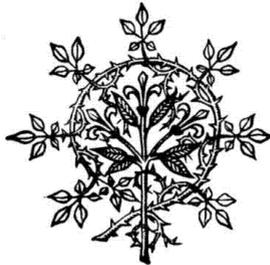
Concedenos, Dios todopoderoso,
que nos alimentemos y saciemos
en los sacramentos recibidos,
hasta que nos transformemos
en lo que hemos tomado.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial.

El Señor nos invita a su banquete; nos ha recogido de los cruces de los caminos y nos ha hecho entrar en la sala de la boda y nosotros, al oír su llamada, hemos venimos aquí, a escuchar su Palabra y participar de la mesa que Él mismo nos prepara.

Pero para participar de este encuentro de salvación hemos de entrar con traje de fiesta; debemos prepararnos y tener el espíritu bien dispuesto. Pidamos pues, desde el fondo de nuestro corazón, perdón a Dios por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que llamas a todos a participar del festín de tu Reino.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que enjugarás un día las lágrimas de nuestros ojos.

Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que con tu mano amorosa nos guías por el camino de la vida. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Le pedimos, Señor,
que tu gracia nos preceda y acompañe,
y nos sostenga continuamente en las buenas obras.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

El Evangelio de hoy, tomado del capítulo 10 de san Marcos, se articula en tres escenas, marcadas por *tres miradas* de Jesús.

La primera escena presenta el encuentro entre el Maestro y un hombre que —según el pasaje paralelo de san Mateo— es identificado como «joven». El encuentro de Jesús con un joven. Él corre hacia Jesús, se arrodilla y lo llama «Maestro bueno». Luego le pregunta: «¿qué haré para heredar la vida eterna?», es decir, la felicidad (v. 17). «Vida eterna» no es sólo la vida del más allá, sino que es la vida plena, realizada, sin límites. ¿Qué debemos hacer para alcanzarla? La respuesta de Jesús resume los mandamientos que se refieren al amor al prójimo. A este respecto, ese joven no tiene nada que reprocharse; pero evidentemente la observancia de los preceptos no le basta, no satisface su deseo de plenitud. Y Jesús intuye este deseo que el joven lleva en su corazón; por eso su respuesta se traduce en una *mirada intensa*, llena de ternura y cariño. Así dice el Evangelio: «Jesús se lo quedó mirando, lo amó» (v. 21). Se dio cuenta de que era un buen joven. Pero Jesús comprende también cuál es el punto débil de su interlocutor y le ha-

ce una propuesta concreta: dar todos sus bienes a los pobres y seguirlo. Pero ese joven tiene el corazón dividido entre dos dueños: Dios y el dinero, y se va triste. Esto demuestra que no pueden convivir la fe y el apego a las riquezas. Así, al final, el empuje inicial del joven se desvanece en la infelicidad de un seguimiento naufragado.

En la segunda escena, el evangelista enfoca los ojos de Jesús y esta vez se trata de una *mirada pensativa*, de advertencia: «Mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!»» (v. 23). Ante el estupor de los discípulos, que se preguntan: «Entonces, ¿quién puede salvarse?» (v. 26), Jesús responde con una *mirada de aliento* —es la tercera mirada— y dice: la salvación, sí, es «imposible para los hombres, no para Dios» (v. 27). Si nos encomendamos al Señor, podemos superar todos los obstáculos que nos impiden seguirlo en el camino de la fe. Encomendarse al Señor. Él nos dará la fuerza, Él nos da la salvación, Él nos acompaña en el camino.

Y así hemos llegado a la tercera escena, la de la solemne declaración de Jesús: En verdad os digo que quien deja todo para seguirme tendrá la vida eterna en el futuro y cien veces más ya en el presente (cf. vv. 29-30). Este «cien veces más» está hecho de las cosas primero poseídas y luego dejadas, pero que se reencuentran multiplicadas hasta el infinito.

Nos privamos de los bienes y recibimos en cambio el gozo del verdadero bien; nos liberamos de la esclavitud de las cosas y ganamos la libertad del servicio por amor; renunciamos a poseer y conseguimos la alegría de dar. Lo que Jesús decía: «Hay más dicha en dar que en recibir» (cf. *Hch* 20, 35).

El joven no se dejó conquistar por la mirada de amor de Jesús, y así no pudo cambiar. Sólo acogiendo con humilde gratitud el amor del Señor nos liberamos de la seducción de los ídolos y de la ceguera de nuestras ilusiones. El dinero, el placer, el éxito deslumbran, pero luego desilusionan: prometen vida, pero causan muerte. El Señor nos pide el desapego de estas falsas riquezas para entrar en la vida verdadera, la vida plena, auténtica y luminosa. Y yo os pregunto a vosotros, jóvenes, chicos y chicas, que estáis ahora en la plaza: «¿Habéis sentido la mirada de Jesús sobre vosotros? ¿Qué le queréis responder? ¿Preferís dejar esta plaza con la alegría que nos da Jesús o con la tristeza en el corazón que nos ofrece la mundanidad?».

Que la Virgen María nos ayude a abrir nuestro corazón al amor de Jesús, a la mirada de Jesús, el único que puede colmar nuestra sed de felicidad.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos con confianza a Dios Padre, que llama a todos los hombres a participar del banquete de su reino, y pidámosle que su bondad y su misericordia nos acompañen todos los días de nuestra vida.

- Por la Iglesia; para que en medio de las cañadas más oscuras y recónditas de nuestro mundo conduzca a todos los hombres hacia fuentes tranquilas. **Roguemos al Señor.**

- Por las vocaciones al ministerio sacerdotal; para que Dios bendiga a nuestra diócesis y a toda la Iglesia con sacerdotes que se entreguen con celo a la salvación de todos los hombres. **Roguemos al Señor.**

- Por nuestros gobernantes; para que trabajen por la integración social de todos los extranjeros y despreciados del mundo. **Roguemos al Señor.**

- Por los difuntos, para que disfruten de las verdes praderas del cielo y habiten en la casa del Señor por años sin término. **Roguemos al Señor.**

- Por nosotros, que nos sentamos a la mesa de la Eucaristía; para que no rechacemos la invitación a participar en el banquete fraternal del Reino de Dios. **Roguemos al Señor.**

Oh Padre, que invitas al mundo entero a las bodas de tu Hijo; escucha nuestra súplica y concédenos la sabiduría de tu Espíritu para que podamos ser testigos de cual es la

esperanza de nuestra vocación, y que nadie se niegue nunca a entrar en el banquete de la vida eterna o entrar en él sin el vestido de fiesta.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Señor, pedimos humildemente a tu majestad que, así como nos fortaleces con el alimento del santísimo Cuerpo y Sangre de tu Hijo, nos hagas participar de su naturaleza divina.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial:

Estamos aquí sabiendo que Jesús nos ha invitado y, reunidos en su nombre, escucharemos su palabra y comulgaremos con Él y con todos los cristianos.

Y para que esta celebración de fruto en nosotros, pidamos al Señor que prepare nuestros corazones y, sabiendo que necesitamos de su misericordia, pidámosle perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que has venido a buscar al que estaba perdido.
Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que has querido dar la vida en rescate por todos.
Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que reúnes a tus hijos dispersos.
Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (*Se hace un momento de silencio*)



Dios todopoderoso y eterno,

haz que te presentemos

una voluntad solícita y estable,

y sirvamos a tu grandeza con sincero corazón.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Homilía.

La página del Evangelio de hoy (cf. Marcos 10, 35-45) describe a Jesús, que una vez más y con gran paciencia, intenta corregir a sus discípulos convirtiéndolos de la mentalidad del mundo a la de Dios. Le brindan la ocasión los hermanos Santiago y Juan, dos de los primeros que Jesús encontró y llamó a seguirlo. Ya han recorrido un largo camino con Él y pertenecen al grupo de los doce Apóstoles. Por eso, mientras se dirigen a Jerusalén, donde los discípulos espe-

ran con ansia que Jesús, con ocasión de la fiesta de Pascua, instaure finalmente el Reino de Dios, los dos hermanos se arman de valor, se acercan y dirigen al maestro su petición: «Concedéndonos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (v. 37). Jesús sabe que Santiago y Juan están animados por un gran entusiasmo por Él y por la causa del Reino, pero sabe también que sus expectativas y su celo están contaminados por el espíritu del mundo. Por eso responde: «No sabéis lo que pedís» (v. 38). Y mientras ellos hablaban de «tronos de gloria» en los que sentarse junto a Cristo Rey, Él habla de un «cáliz» para beber, de un «bautismo» a recibir, es decir de su pasión y muerte.

Santiago y Juan, siempre mirando al privilegio esperado, dicen de prisa: ¡sí «podemos»! Pero tampoco aquí se dan cuenta de lo que verdaderamente dicen. Jesús preanuncia que su cáliz lo beberán y su bautismo lo recibirán, es decir, ellos también, como los demás apóstoles, participarán en su cruz, cuando llegue el momento. Sin embargo —concluye Jesús— «sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado» (v. 40). Como diciendo: ahora seguidme y aprended el camino del amor «con pérdida», y el Padre celestial se hará cargo del premio. El camino del amor es siempre «con pérdida», porque amar significa dejar a

parte el egoísmo, la autorreferencialidad, para servir a los demás. Jesús se da cuenta de que los otros diez Apóstoles se enfadan con Santiago y Juan, demostrando así que tienen la misma mentalidad mundana. Y esto le ofrece la inspiración para una lección que se aplica a los cristianos de todos los tiempos, también para nosotros. Dice: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros; sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor» (v. 42-44). Es la regla del cristiano.

El mensaje del Maestro es claro: mientras los grandes de la Tierra construyen «tronos» para el poder propio, Dios elige un trono incómodo, la cruz, desde donde reinar dando la vida: «Tampoco el Hijo del Hombre —dice Jesús— ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (v. 45).

El camino del servicio es el antídoto más eficaz contra la enfermedad de la búsqueda de los primeros puestos; es la medicina para los arribistas, esta búsqueda de los primeros puestos, que infecta muchos contextos humanos y no perdona tampoco a los cristianos, al pueblo de Dios, ni tampoco a la jerarquía eclesiástica. Por lo tanto, como discípulos de Cristo, acojamos este Evangelio como un llamado a la

conversión, a dar testimonio con valentía y generosidad de una Iglesia que se inclina a los pies de los últimos, para servirles con amor y sencillez.

Que la Virgen María, que se adhirió plenamente y humildemente a la voluntad de Dios, nos ayude a seguir a Jesús con alegría en el camino del servicio, el camino maestro que lleva al Cielo.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Como pueblo sacerdotal, oremos a Dios Padre todopoderoso, de quien proviene toda autoridad, dirigiéndole las súplicas de la Iglesia que confía en Él, y pidámosle que nos alcance el don de saber discernir lo que le agrada.

- Por la Iglesia, comunidad de creyentes en Cristo; para que, procurando su libertad e independencia de todo poder político y económico, sea signo de la justa libertad que Dios quiere para todos.

Roguemos al Señor.

- Por los misioneros y misioneras, que han dejado valientemente su patria por amor a Cristo; para que sean testigos del Evangelio y promuevan en todas partes la reconciliación, la fraternidad y el saber compartir.

Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes de todas las naciones; para que reconozcan y respeten la misión de la Iglesia de anunciar libremente el Evangelio, y todos los ciudadanos presten la debida obediencia en todo lo que esté ordenado con leyes justas.

Roguemos al Señor.

- Por aquellos que ponen su confianza sólo en los bienes materiales; para que se den cuenta que todas las riquezas de este mundo son apariencia, mientras que Dios ha hecho el cielo.

Roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, para que la Eucaristía nos ayude a ser buenos cristianos, ciudadanos honrados y hombres y mujeres de bien, y entre todos construyamos nuestro país con esfuerzo, trabajo y honestidad.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, a quien obedecen todas las criaturas y diriges misteriosamente la libre voluntad de los hombres; escucha nuestra oración y haz que ninguno de nosotros abuse de su poder, pero que toda autoridad sirva al bien de todos, según el Espíritu y la palabra de tu Hijo, y que toda la humanidad te reconozca a ti como el único Dios.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Señor,
haz que nos sea provechosa
la celebración de las realidades del cielo,
para que nos auxilien los bienes temporales
y seamos instruidos por los eternos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial

La celebración de la eucaristía dominical es la participación en los fundamentos de nuestra fe. Esta Eucaristía sea para cada uno de nosotros un momento de oración profunda y sincera, mediante la cual nos encontremos con el Señor y nos fortalezcamos para orar también después de que la celebración concluya.

Demos, pues, comienzo a los sagrados misterios y, poniéndonos en la presencia del Señor, pidámosle perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres misericordioso y compasivo.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que pasaste por la vida haciendo el bien a todos.

Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que no quieres que nadie se pierda.

Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



ios todopoderoso y eterno,
aumenta nuestra fe, esperanza y caridad,
y, para que merezcamos conseguir lo que prometes,
concédenos amar tus preceptos.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Homilía

El milagro de la curación del ciego Bartimeo ocupa un

lugar relevante en la estructura del Evangelio de Marcos. En efecto, está colocado al final de la sección llamada «viaje a Jerusalén», es decir, la última peregrinación de Jesús a la Ciudad Santa para la Pascua, en donde él sabe que lo espera la pasión, la muerte y la resurrección. Para subir a Jerusalén, desde el valle del Jordán, Jesús pasó por Jericó, y el encuentro con Bartimeo tuvo lugar a las afueras de la ciudad, mientras Jesús, como anota el evangelista, salía «de Jericó con sus discípulos y bastante gente» (10, 46); gente que, poco después, aclamará a Jesús como Mesías en su entrada a Jerusalén. Bartimeo, cuyo nombre, como dice el mismo evangelista, significa «hijo de Timeo», estaba precisamente sentado al borde del camino pidiendo limosna.

Todo el Evangelio de Marcos es un itinerario de fe, que se desarrolla gradualmente en el seguimiento de Jesús. Los discípulos son los primeros protagonistas de este paulatino descubrimiento, pero hay también otros personajes que desempeñan un papel importante, y Bartimeo es uno de éstos. La suya es la última curación prodigiosa que Jesús realiza antes de su pasión, y no es casual que sea la de un ciego, es decir una persona que ha perdido la luz de sus ojos. Sabemos también por otros textos que en los evangelios la ceguera tiene un importante significado. Representa al hombre que tiene necesidad de la luz de Dios, la luz de la fe, pa-

ra conocer verdaderamente la realidad y recorrer el camino de la vida. Es esencial reconocerse ciegos, necesitados de esta luz, de lo contrario se es ciego para siempre (cf. *Jn 9,39-41*).

Bartimeo representa al hombre que reconoce el propio mal y grita al Señor, con la confianza de ser curado. Su invocación, simple y sincera, es ejemplar, y de hecho –al igual que la del publicano en el templo: «Oh Dios, ten compasión de este pecador» (*Lc 18,13*)– ha entrado en la tradición de la oración cristiana. En el encuentro con Cristo, realizado con fe, Bartimeo recupera la luz que había perdido, y con ella la plenitud de la propia dignidad: se pone de pie y retoma el camino, que desde aquel momento tiene un guía, Jesús, y una ruta, la misma que Jesús recorre.

El evangelista no nos dice nada más de Bartimeo, pero en él nos muestra quién es el discípulo: aquel que, con la luz de la fe, sigue a Jesús «por el camino».

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos, hermanos, al Dios y Padre de misericordia, origen y fundamento de todo bien, por todos los hombres, para que a nadie le falte la ayuda de nuestra caridad.

- Por la Iglesia; para que los cristianos seamos reconocidos en el mundo por amar a nuestros semejantes.

Roguemos al Señor.

- Por los jóvenes y adolescentes; para que abran sus ojos a los verdaderos valores, a la belleza, al bien y al amor puro.

Roguemos al Señor.

- Por cuantos tienen autoridad; para que acierten a realizar su misión de gobierno como un servicio para todos.

Roguemos al Señor.

- Por aquellos que se sienten solos; para encuentren en Dios su fortaleza, su roca y su refugio. Roguemos al Señor.

- Por todos y cada uno de nosotros; para que seamos capaces, de amar a Dios con todas nuestras fuerzas y al prójimo como a nosotros mismos.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, escucha nuestra súplica y danos un corazón libre de todos los ídolos, para servirte sólo a Ti y amar a los hermanos según el Espíritu de tu Hijo, haciendo de su mandamiento nuevo la única ley de la vida.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Qué tus sacramentos, Señor,
efectúen en nosotros lo que expresan,
para que obtengamos en la realidad lo que celebramos
ahora sacramentalmente.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

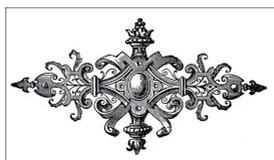
y haz que seamos tales y actuemos de tal modo
que en todo podamos agradarte.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.





XXXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Acogemos en nuestro corazón la invitación que cada domingo nos hace el Señor de ir a él con nuestros cansancios y agobios. Le pedimos al Señor *“que no nos abandone, que no se quede lejos”*. Por eso, comenzamos la celebración poniéndonos sinceramente en la presencia del Señor, ante su verdad, la cual nos descubre nuestra miseria y pecado. Así pues, reconozcamos en unos momentos de silencio nuestros pecados, y pidamos a Dios su gracia y su perdón.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

- Tú que no has venido a ser servido, sino a servir.

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

- Tú que entregaste tu vida en rescate por todos. Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú, nuestro Maestro y Señor, humillado hasta la muerte de cruz . Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



ios de poder y misericordia
de quien procede el que tus fieles
te sirvan digna y meritoriamente,

concédenos avanzar sin obstáculos

hacia los bienes que nos prometes.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En el centro del Evangelio de este domingo
(cf. Marcos 12, 28b-34), está el mandamiento del amor:
amor a Dios y amor al prójimo. Un escriba preguntó a Jesús:

«¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» (v. 28). Él responde citando la profesión de fe con la que cada israelita abre y cierra su día y que empieza con las palabras «Escucha, Israel. Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh» (Deuteronomio 6, 4). De este modo Israel custodia su fe en la realidad fundamental de todo su credo: existe un solo Señor y ese Señor es «nuestro» en el sentido de que está vinculado a nosotros con un pacto indisoluble, nos ha amado, nos ama y nos amará por siempre. De esta fuente, de este amor de Dios, se deriva para nosotros el doble mandamiento: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas [...] Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (vv. 30-31).

Eligiendo estas dos Palabras dirigidas por Dios a su pueblo y poniéndolas juntas, Jesús enseñó una vez para siempre que el amor por Dios y el amor por el prójimo son inseparables, es más, se sustentan el uno al otro. Incluso si se colocan en secuencia, son las dos caras de una única moneda: vividos juntos son la verdadera fuerza del creyente,

Amar a Dios es vivir de Él y para Él, por aquello que Él es y por lo que Él hace. Y nuestro Dios es donación sin reservas, es perdón sin límites, es relación que promueve y hace crecer. Por eso, amar a Dios quiere decir invertir cada día nuestras energías para ser sus colaboradores en el servi-

cio sin reservas a nuestro prójimo, en buscar perdonar sin límites y en cultivar relaciones de comunión y de fraternidad. El evangelista Marcos no se preocupa en especificar quién es el prójimo porque el prójimo es la persona que encuentro en el camino, durante mi jornada. No se trata de preseleccionar a mi prójimo, eso no es cristiano. Pienso que mi prójimo es aquel que he preseleccionado: no, esto no es cristiano, es pagano. Se trata de tener ojos para verlo y corazón para querer su bien. Si nos ejercitamos para ver con la mirada de Jesús, podremos estar siempre a la escucha y cerca de quien tiene necesidad. Las necesidades del prójimo reclaman ciertamente respuestas eficaces, pero primero exigen compartir.

Con una imagen podemos decir que el hambriento necesita no solo un plato de comida sino también una sonrisa, ser escuchado y también una oración, tal vez hecha juntos. El Evangelio de hoy nos invita a todos nosotros a proyectarse no solo hacia las urgencias de los hermanos más pobres, sino sobre todo a estar atentos a su necesidad de cercanía fraterna, de sentido de la vida, de ternura. Esto interpela a nuestras comunidades cristianas: se trata de evitar el riesgo de ser comunidades que viven de muchas iniciativas pero de pocas relaciones; el riesgo de comunidades «estaciones

de servicio», pero de poca compañía en el sentido pleno y cristiano de este término.

Dios, que es amor, nos ha creado por amor y para que podamos amar a los otros permaneciendo unidos a Él. Sería ilusorio pretender amar al prójimo sin amar a Dios y sería también ilusorio pretender amar a Dios sin amar al prójimo. Las dos dimensiones, por Dios y por el prójimo, en su unidad caracterizan al discípulo de Cristo. Que la Virgen María nos ayude a acoger y testimoniar en la vida de todos los días esta luminosa enseñanza.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestra oración confiada a Dios Padre, pidiéndole que nos haga cada vez más fieles a su amor, siguiendo el camino de su Hijo Jesucristo.

- Por los pastores de la Iglesia; para que lo que predicán de palabra lo cumplan con sus obras.

Roguemos al Señor.

Por las vocaciones; para que los consagrados por el Reino sirvan al Pueblo de Dios con una vida evangélica y cercana, y estimulen a los jóvenes a consagrarse en la Iglesia.

Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes de las naciones; para que no sean ambiciosos ni pretendan grandezas que superen sus capacidades.

Roguemos al Señor.

- Por aquellos que se encargan del cuidado de los ancianos y enfermos; para que los traten siempre con delicadeza y cariño.

Roguemos al Señor.

- Por todos los aquí presentes; para que acojamos siempre el evangelio como Palabra de Dios que permanece operante en nosotros.

Roguemos al Señor.

Oh Dios, Creador y Padre de todos, atiende nuestra plegaria y danos la luz de tu Espíritu, para que reconociendo en todo ser humano la dignidad de tus hijos, no sólo de palabra, sino con las obras, demostremos ser discípulos del único maestro que se hizo hombre por amor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Te pedimos, Señor,
que aumente en nosotros la acción de tu poder,
para que, alimentados con estos sacramentos del cielo,
nos preparemos, por tu gracia, a recibir tus promesas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





TODOS LOS SANTOS

Monición de entrada y acto penitencial

La solemnidad de todos los santos que hoy celebramos nos reúne alrededor del altar para incorporarnos al cántico de acción de gracias de todos los hombres y mujeres del mundo, de épocas y lugares distintos, todos ellos hermanos nuestros, que a lo largo de su existencia terrena vivieron el camino del evangelio que todos estamos llamados a seguir, y que ahora comparten para siempre la gloria de Dios en el cielo.

Por eso, al comenzar la celebración de los sagrados misterios, nos confesamos pecadores y culpables ante Dios y ante los hermanos, invocando a nuestra Señora, la Virgen María y a todos los santos, para que intercedan por nosotros.

- Tú, que has dado la vida en la cruz por nuestros pecados.

Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú, que has resucitado de entre los muertos y vives por siempre. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú, que eres el Buen Pastor que nos conduces a la vida. Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Dios todopoderoso y eterno,
que nos has otorgado venerar
en una misma celebración los méritos
de todos los Santos, concédenos,
por esta multitud de intercesores,
la deseada abundancia de tu misericordia.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La primera lectura de hoy, del Libro del Apocalipsis, nos habla del cielo y nos coloca ante «una muchedumbre inmensa», que nadie podía contar, «de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (Apocalipsis 7, 9). Son los santos. ¿Qué hacen «allá arriba»? Cantan juntos, alaban a Dios con alegría. Sería hermoso escuchar su canto ... Pero podemos imaginarlo: ¿sabéis cuándo? Durante la misa, cuando cantamos «Santo, santo, santo el Señor, Dios del universo ...». Es un himno, dice la Biblia, que viene del cielo, que se canta allí (cf. Isaias 6, 3, Apocalipsis 4, 8), un himno de alabanza. Entonces, cantando el «Santo», no solo pensamos en los santos, sino que hacemos lo que ellos hacen: en ese momento, en la misa, nos unimos a ellos más que nunca.

Y estamos unidos a todos los santos: no solo a los más conocidos, del calendario, sino también a los «de la puerta de al lado», a los miembros de nuestra familia y conocidos

que ahora forman parte de esa inmensa multitud. Hoy, pues, es una fiesta familiar. Los santos están cerca de nosotros, de hecho, son nuestros verdaderos hermanos y hermanas. Nos entienden, nos aman, saben lo que es nuestro verdadero bien, nos ayudan y nos esperan. Son felices y nos quieren felices con ellos en el paraíso.

Por este motivo, nos invitan al camino de la felicidad, indicado en el Evangelio de hoy, tan hermoso y conocido: «Bienaventurados los pobres de espíritu [...] Bienaventurados los mansos, Bienaventurados los limpios de corazón...» (cf. Mateo 5, 3-8). El Evangelio dice bienaventurados los pobres, mientras que el mundo dice bienaventurados los ricos. El Evangelio dice bienaventurados los mansos, mientras que el mundo dice bienaventurados los prepotentes. El Evangelio dice bienaventurados los puros, mientras que el mundo dice bienaventurados los astutos y los vividores. Este camino de la bienaventuranza, de la santidad, parece conducir al fracaso. Y, sin embargo, —la primera lectura nos lo recuerda de nuevo— los santos tienen «palmas en sus manos» (v. 9), es decir, los símbolos de la victoria. Han ganado ellos, no el mundo. Y nos exhortan a elegir su parte, la de Dios que es santo.

Hoy, nuestros hermanos y hermanas no nos piden que escuchemos otra vez un bello Evangelio, sino que lo ponga-

mos en práctica, que emprendamos el camino de las Bienaventuranzas. No se trata de hacer cosas extraordinarias, sino de seguir todos los días este camino que nos lleva al cielo, nos lleva a la familia, nos lleva a casa. ¡Que la Santa Madre de Dios, Reina de los santos, nos ayude a caminar decididos por la senda de la santidad! Que Ella, que es la Puerta del Cielo, lleve a nuestros amados difuntos a la familia celestial.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestras súplicas a Dios Padre por medio de Jesucristo, el Señor, confiando en la intercesión de tantos hermanos nuestros que nos han precedido en la fe y que ahora gozan para siempre de la claridad de Dios.

- Por la Iglesia; para que sea siempre santa en sus hijos, que han recibido la vida divina en el bautismo, han sido santificados por el Espíritu Santo y se alimentan con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

Roguemos al Señor.

- Por los que gobiernan las naciones del mundo; para que busquen en todo el bien común y el progreso de la justicia y el derecho entre los pueblos y naciones.

Roguemos al Señor.

- Por los que son perseguidos a causa de su fe o de su lucha por la justicia; para que sientan siempre la fuerza de Dios que los acompaña en su tribulación.

Roguemos al Señor.

- Por los que sufren en el cuerpo o en el espíritu; para que sean confortados por el ejemplo y la intercesión de todos los santos y a nosotros nos conceda un corazón compasivo.

Roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, que participamos en la celebración de la Eucaristía; para que el ejemplo de vida de los santos nos ayude a vivir una vida según el evangelio.

Roguemos al Señor.

Suba ante tu presencia, Señor, la oración de tu Iglesia, que celebra la bienaventuranza eterna de quienes han vivido creyendo y esperando en Cristo; y concede a tu pueblo la constante protección de todos los santos, a fin de que, por su intercesión, obtenga los beneficios que te implora y aumente en él la fidelidad a tu Hijo Jesucristo.

Él, que vive y reina, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (*Se hace un momento de silencio*)

Te adoramos y admiramos, oh, Dios,
el solo Santo entre todos los santos,
e imploramos tu gracia para que,
realizando nuestra santidad en la plenitud de tu amor,
pasemos de esta mesa de los que peregrinamos,
al banquete de la patria celestial.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Jesucristo nos congrega para celebrar la Eucaristía. Él, nuevamente, nos dirigirá su Palabra y, por la acción del Espíritu Santo, el pan y el vino se convertirán en su Cuerpo y Sangre, alimento para nuestra vida cristiana, y anticipo del gran banquete, de la gran fiesta de la vida que Dios ha preparado para todos.

Hoy también celebramos la Jornada de la Iglesia Diocesana, jornada que anualmente reclama nuestra colaboración para mantener entre todos nuestra diócesis, pobre en recursos económicos; y que no hace sino recordarnos que todos los cristianos tenemos la obligación de ayudar a la Iglesia en sus necesidades.

Y ahora, al comenzar la celebración de la Eucaristía, pidamos perdón por el mal que hacemos y por el bien que dejamos de hacer.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que satisfaces nuestra sed de bienaventuranza.
Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que nos das la esperanza de la resurrección.
Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos invitas al banquete del reino de los cielos.
Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



ios de poder y misericordia,

Aparta, propicio, de nosotros toda adversidad,

para que,

bien dispuestos en cuerpo y espíritu,

Podamos aspirar libremente a lo que te pertenece.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El episodio del Evangelio de este domingo se compone de dos partes: en una se describe cómo no deben ser los seguidores de Cristo; en la otra, se propone un ideal ejemplar de cristiano.

Comencemos por la primera: qué es lo que no debemos hacer. En la primera parte, Jesús señala tres defectos que se manifiestan en el estilo de vida de los escribas, maestros de la ley: soberbia, avidez e hipocresía. A ellos — dice Jesús— les encanta «que les hagan reverencia en las plazas, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes» (Mc 12, 38-39). Pero, bajo apariencias tan solemnes, se esconden la falsedad y la injusticia. Mientras se pavonean en público, usan su autoridad para «devorar los bienes de las viudas» (v. 40), a las que

se consideraba, junto con los huérfanos y los extranjeros, las personas más indefensas y desamparadas. Por último, los escribas «aparentan hacer largas oraciones» (v. 40). También hoy existe el riesgo de comportarse de esta forma. Por ejemplo, cuando se separa la oración de la justicia, porque no se puede rendir culto a Dios y causar daño a los pobres. O cuando se dice que se ama a Dios y, sin embargo, se antepone a Él la propia vanagloria, el propio provecho.

También la segunda parte del Evangelio de hoy va en esta línea. La escena se ambienta en el templo de Jerusalén, precisamente en el lugar donde la gente echaba las monedas como limosna. Hay muchos ricos que echan tantas monedas, y una pobre mujer, viuda, que da apenas dos pequeñas monedas. Jesús observa atentamente a esa mujer e indica a los discípulos el fuerte contraste de la escena. Los ricos han dado, con gran ostentación, lo que para ellos era superfluo, mientras que la viuda, con discreción y humildad, ha echado «todo lo que tenía para vivir» (v. 44); por ello — dice Jesús— ella ha dado más que todos. Debido a su extrema pobreza, hubiera podido ofrecer una sola moneda para el templo y quedarse con la otra. Pero ella no quiere ir a la mitad con Dios: se priva de todo. En su pobreza ha comprendido que, teniendo a Dios, lo tiene todo; se siente amada totalmente por Él y, a su vez, lo ama totalmente. ¡Qué

bonito ejemplo esa viejecita!

Jesús, hoy, nos dice también a nosotros que el metro para juzgar no es la cantidad, sino la plenitud. Hay una diferencia entre cantidad y plenitud. Tú puedes tener tanto dinero, pero ser una persona vacía. No hay plenitud en tu corazón. Pensad esta semana en la diferencia que hay entre cantidad y plenitud. No es cosa de billetera, sino de corazón. Hay diferencia entre billetera y corazón... Hay enfermedades cardíacas que hacen que el corazón se baje hasta la billetera... ¡Y esto no va bien! Amar a Dios «con todo el corazón» significa confiar en Él, en su providencia, y servirlo en los hermanos más pobres, sin esperar nada a cambio.

Pidamos al Señor que nos admita en la escuela de esta pobre viuda, que Jesús, con el desconcierto de los discípulos, hace subir a la cátedra y presenta como maestra de Evangelio vivo. Por intercesión de María, la mujer pobre que ha dado toda su vida a Dios por nosotros, pidamos el don de un corazón pobre, pero rico de una generosidad alegre y gratuita.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Alcemos ahora nuestras manos y elevemos nuestras súplicas invocando al Señor, nuestro Dios, que sale al encuentro de nuestros deseos.

- Para que todos los miembros de la Iglesia vivamos siempre atentos al Reino de Dios teniendo encendidas nuestras lámparas.

Roguemos al Señor.

- Para que todos los que el Señor ha elegido le sigan más de cerca, experimenten con fuerza el deseo de santidad, y ésta sea un reclamo de nuevas vocaciones.

Roguemos al Señor.

- Para que las autoridades civiles actúen siempre con prudencia y sabiduría, velando siempre por el bien de la sociedad.

Roguemos al Señor.

- Para que Jesús lleve consigo a su reino de luz y de vida a todos los difuntos, y nos conceda a los que vivimos la esperanza en la vida eterna.

Roguemos al Señor.

- Para que sintiéndonos sedientos de la gracia de Dios, le bendigamos y alabemos con júbilo constante.

Roguemos al Señor.

Oh Dios, cuya sabiduría va en busca de aquellos que escuchan tu voz; escucha nuestras peticiones y haznos dignos de participar en tu banquete; alimenta el aceite de nuestras lámparas para que no se apaguen en la espera, para que cuando Cristo venga, estemos prontos a salir a su encuentro para entrar en Él en la fiesta nupcial.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Alimentados con este don sagrado,
te damos gracias, Señor,

Invocando tu misericordia

para que, mediante la acción del Espíritu

permanezca la gracia de la verdad,

en quienes penetró la fuerza del cielo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.



XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Las celebraciones de estos domingos de noviembre, acabando ya el año litúrgico, son como una invitación a evaluar nuestro camino cristiano, y una invitación a reafirmar nuestra esperanza en la vida eterna.

Comencemos, pues, la celebración de la Eucaristía de este domingo, Jornada mundial de los pobres, poniéndonos delante de Dios, pidiéndole perdón porque a menudo la pereza nos priva de hacer rendir nuestros talentos, y por ello damos poco fruto; y también porque nos desentendemos muchas veces del mantenimiento de nuestra Iglesia.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Tú que nos has llamado a seguirte con fidelidad.

-Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú que nos has hecho miembros de tu Iglesia.

- Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Tú que esperas que demos fruto abundante.

- Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Loncédenos, Señor, Dios nuestro,
alegrarnos siempre en tu servicio
porque en dedicarnos a ti,

autor de todo bien,

consiste la felicidad completa y verdadera.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En el pasaje evangélico de este domingo (cf. Mc 13, 24-32), el Señor quiere instruir a sus discípulos sobre los eventos futuros. No se trata principalmente de un discurso sobre el fin del mundo, sino que es una invitación a vivir bien el presente, a estar atentos y siempre preparados para cuando nos pidan cuentas de nuestra vida. Jesús dice: «Por esos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas irán cayendo del cielo» (versículos 24-25). Estas palabras nos hacen pensar en la primera página del Libro de Génesis, la historia de la creación: el sol, la luna, las estrellas, que desde el principio del tiempo brillan en su orden y dan luz, signo de vida, aquí están descritas en su decadencia, mientras caen en la oscuridad y el caos, signo del fin. En cambio, la luz que brillará en ese último día será única y nueva: será la del Señor Jesús que vendrá en gloria con todos los santos. En ese encuentro finalmente veremos su rostro a la plena luz de la Trinidad; un rostro radiante de amor, ante el cual todo ser humano también aparecerá en su verdad total.

La historia de la humanidad, como la historia personal de cada uno de nosotros, no puede entenderse como una simple sucesión de palabras y hechos que no tienen sentido. Tampoco se puede interpretar a la luz de una visión fata-

lista, como si todo estuviera ya preestablecido de acuerdo con un destino que resta todo espacio de libertad, impidiendo tomar decisiones que son el resultado de una elección verdadera. En el Evangelio de hoy, más bien, Jesús dice que la historia de los pueblos y de los individuos tiene una meta y una meta que debe alcanzarse: el encuentro definitivo con el Señor. No sabemos el tiempo ni las formas en que sucederá; el Señor ha reiterado que «nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo ni el Hijo» (v. 32). Todo se guarda en el secreto del misterio del Padre. Sin embargo, sabemos un principio fundamental con el que debemos enfrentarnos: «El cielo y la tierra pasarán, dice Jesús, pero mis palabras no pasarán"» (v. 31). El verdadero punto crucial es este. En ese día, cada uno de nosotros tendrá que entender si la Palabra del Hijo de Dios ha iluminado su existencia personal, o si le ha dado la espalda, prefiriendo confiar en sus propias palabras. Será más que nunca el momento en el que nos abandonemos definitivamente al amor del Padre y nos confiemos a su misericordia.

¡Nadie puede escapar de este momento, ninguno de nosotros! La astucia, que a menudo utilizamos en nuestro comportamiento para avalar la imagen que queremos ofrecer, será inútil; de la misma manera, el poder del dinero y de los medios económicos con los que pretendemos, con

presunción, que compramos todo y a todos, ya no se podrá utilizar. No tendremos con nosotros nada más que lo que hemos logrado en esta vida creyendo en su Palabra: el todo y la nada de lo que hemos vivido o dejado de hacer. Solo llevaremos con nosotros lo que hemos dado.

Invoquemos la intercesión de la Virgen María, para que la constatación de nuestra temporalidad en la tierra y de nuestros límites no nos haga caer en la angustia, sino que nos llame a la responsabilidad con nosotros mismos, con nuestro prójimo, con el mundo entero.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos ahora a favor de todos los hombres a Dios nuestro Padre, que distribuye sus dones entre nosotros, mostrándole los deseos de sus hijos que quieren vivir como hermanos.

- Para que la Iglesia, siendo fiel en lo poco, haga fructificar el tesoro de valores que Cristo ha depositado en ella.

Roguemos al Señor.

- Para que el Señor que vela por su grey le conceda pastores misericordiosos y pacíficos, sabios y prudentes, que amen y prediquen según el corazón de Cristo.

Roguemos al Señor.

- Para que la sociedad ofrezca a todos igualdad de oportunidades, y no se desprecie ninguna cualidad humana.

Roguemos al Señor.

- Para que nuestros hermanos difuntos participen por toda la eternidad en el Banquete de su Señor.

Roguemos al Señor.

- Para que como hijos de la luz, no nos dejemos vencer por las tinieblas, y estemos siempre vigilantes ante el Día del Señor.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, atiende nuestras súplicas y haz que nuestra buena voluntad multiplique los frutos de tu providencia, que nos hace más diligentes y atentos esperando el regreso de tu Hijo, con la esperanza de escuchar que nos llame siervos buenos y fieles, y entrar así en el gozo de tu reino.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Señor, después de recibir
el don sagrado del sacramento,
te pedimos humildemente
que nos haga crecer en el amor
Lo que tu Hijo nos mandó realizar
en memoria suya.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO

Monición de entrada y acto penitencial

Celebramos en este último domingo del año litúrgico la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, la conclusión de lo que hemos ido celebrando semana tras semana a lo largo del año. Celebramos en ella que Jesús es nuestro Señor, el que nos trae la salvación, el que nos guía en el camino hacia el Reino de Dios.

Acojamos a Cristo Rey, Buen Pastor, hermano y amigo a quien encontramos en el pobre, en el enfermo, en el preso, en el hambriento..., y poniéndonos silenciosamente en su

presencia, reconocemos humildemente nuestros pecados, y le pedimos perdón por todas las veces que no hemos sido fieles a los valores del Reino que Él nos enseñó.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú, Buen Pastor, que buscas la oveja perdida.

Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú, Señor de la vida, resucitado de entre los muertos.

Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú, Rey glorioso, que volverás para darnos posesión de tu Reino.

Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos



ios todopoderoso y eterno,
que quisiste recapitular todas las cosas
en tu Hijo muy amado, Rey del Universo,
haz que la creación entera, liberada de la esclavitud,
sirva a tu majestad y te glorifique sin fin.
Él, que vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La solemnidad de Jesucristo Rey del universo, que celebramos hoy, se coloca al final del año litúrgico y recuerda que la vida de la creación no avanza de forma aleatoria, sino que procede hacia una meta final: la manifestación definitiva de Cristo, Señor de la historia y de toda la creación. La conclusión de la historia será su reino eterno. El pasaje evangélico de hoy (cf. Juan 18, 33b-37) nos habla de este reino, el reino de Cristo, el reino de Jesús, relatando la situación humillante en la que se encontró Jesús después de ser arrestado en el Getsemaní: atado, insultado, acusado y conducido frente a las autoridades de Jerusalén. Y después, es presentado al procurador romano, como uno que atenta contra el poder político, para convertirse en el rey de los judíos. Pilato entonces hace su petición y en un interrogatorio le pregunta al menos dos veces si Él era un rey (cf. vv. 33b.37).

Y Jesús en primer lugar responde que su reino «no es de este mundo» (v. 36). después afirma: «sí, como dices, soy Rey» (v.37). Es evidente, por toda su vida, que Jesús no tiene ambiciones políticas. Recordemos que tras la multiplicación de los panes, la gente, entusiasmada por el milagro, quería proclamarlo rey para que derrotara al poder romano y restableciese el reino de Israel. Pero, para Jesús, el reino es otra cosa y no se alcanza con revueltas, con violencia ni con la fuerza de las armas. Por eso, se retiró solo al monte a rezar (cf. Juan 6, 5-15). Ahora, respondiendo a Pilato, le hace notar que sus discípulos no han combatido para defenderlo. Dice: «Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos» (v. 36). Jesús quiere hacer entender que por encima del poder político hay otro mucho más grande que no se obtiene con medios humanos. Él vino a la tierra para ejercer este poder, que es el amor, para dar testimonio de la verdad (cf. v. 37). Se trata de la verdad divina que, en definitiva, es el mensaje esencial del Evangelio: «Dios es amor» y quiere establecer en el mundo su reino de amor, de justicia y de paz. Este es el Reino del que Jesús es Rey, y que se extiende hasta el final de los tiempos.

La historia enseña que los reinos fundados sobre el poder de las armas y sobre la prevaricación son frágiles y antes

o después terminan quebrando. Pero el Reino de Dios se fundamenta sobre el amor y se radica en los corazones, ofreciendo a quien lo acoge paz, libertad y plenitud de vida. Todos nosotros queremos paz, queremos libertad, queremos plenitud. ¿Cómo se consigue? Basta con que dejes que el amor de Dios se radique en el corazón y tendrás paz, libertad y tendrás plenitud

Jesús hoy nos pide que dejemos que Él se convierta en nuestro rey. Un Rey que, con su palabra, con su ejemplo y con su vida inmolada en la Cruz, nos ha salvado de la muerte, e indica —este rey— el camino al hombre perdido, da luz nueva a nuestra existencia marcada por la duda, por el miedo y por la prueba de cada día. Pero no debemos olvidar que el reino de Jesús no es de este mundo. Él dará un sentido nuevo a nuestra vida, en ocasiones sometida a dura prueba también por nuestros errores y nuestros pecados, solamente con la condición de que nosotros no sigamos las lógicas del mundo y de sus «reyes».

Que la Virgen María nos ayude a acoger a Jesús como rey de nuestra vida y a difundir su reino, dando testimonio a la verdad que es el amor.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Con la esperanza de ser atendidos, elevemos ahora nuestras súplicas a Dios, Padre del Rey y Señor Jesucristo, que quiere reunirnos a todos en el reino que nos tiene preparados desde la creación del mundo.

- Para que los pastores de la Iglesia busquen siempre a las ovejas descarriadas de su rebaño.

Roguemos al Señor.

- Para que los jóvenes no tengan miedo y sigan a Jesucristo, el amigo siempre fiel, sin regatearle amor, entrega y firmeza.

Roguemos al Señor.

- Para que cuantos ejercen autoridad en el mundo trabajen para que a los humildes no les falte nada de lo necesario.

Roguemos al Señor.

- Para que los fieles difuntos habiten en la casa del Señor por años sin término.

Roguemos al Señor.

- Para que sepamos ver a Cristo presente en el hambriento, en el sediento, en el forastero o desnudo.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, que has puesto a tu Hijo como único rey y pastor de todos los hombres; atiende nuestra oración y ali-

mentan nosotros la certeza de que un día, destruido el último enemigo, la muerte, Cristo te hará entrega de la obra de la redención, para que Tú lo seas todo en todos.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Después de recibir el alimento de la inmortalidad, te pedimos, Señor, que, quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el reino del cielo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-TIEMPO ORDINARIO

Canto de entrada

¡Sálvanos Señor Jesús! CLN A-14

Alrededor de tu mesa CLN A-4

Reunidos en el nombre del Señor CLN A-9

Pueblo de Reyes CLN 401

A Dios den gracias los pueblos CLN 510

Canto de comunión

Donde hay caridad y amor CLN O-23

Os doy un mandamiento nuevo CLN 729

Gustad y ved CLN O-30



Delegación Episcopal de Liturgia